

Prólogo

Dieciocho meses antes

Jordan Orr acariciaba el detonador con el pulgar. A sus pies yacían dos vigilantes muertos. Lanzó una última mirada a sus dos cómplices, que asintieron con la cabeza para indicar que estaban listos. Apretó el botón y un Mercedes aparcado a cuatro kilómetros de distancia, en un aparcamiento cercano a Piccadilly Circus, explotó.

No sabía si habría víctimas ni le importaba, aunque a las tres de la madrugada no esperaba que hubiera ninguna. Lo importante era que las autoridades sospechasen que se trataba de un ataque terrorista. El tiempo de respuesta de la policía londinense a cualquier otra llamada se duplicaría, lo que dejaría tiempo de sobra a Orr y a sus esbirros para vaciar la cámara acorazada principal de la casa de su bastas.

Orr se bajó la parte delantera del pasamontañas. Russo y Manzini hicieron lo mismo. Inutilizar las cámaras de vigilancia les habría llevado un tiempo que no tenían. La alarma se activaría en el momento en que abrieran la puerta.

La puerta de la cámara estaba asegurada por una cerradura doble accionada por un lector de tarjetas electrónicas y por un código de acceso. En aquel momento tenía en la mano la tarjeta, por gentileza de uno de los guardias muertos. Insertó la tarjeta y el sistema pidió inmediatamente el código de acceso. Orr examinó la pantalla táctil. El inteligente diseño cambiaba de lugar los números de la pantalla cada vez que se utilizaba, imposibilitando así que nadie supiera el código mirando simplemente el movimiento de los dedos. Pero el director había sido imprudente la víspera, cuando Orr visitó el lugar haciéndose pasar por un posible cliente. No se molestó en ocultar la pantalla a su mirada y él grabó el código con una cámara en forma de bolígrafo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

Un descuido típico, pensó Orr. Los responsables de los sistemas de seguridad siempre olvidan el elemento humano.

Tecleó el código y sonó un chasquido que indicaba que la puerta estaba abierta. La empujó para abrirla del todo y no oyó ningún sonido estridente, aunque sabía que el sello magnético roto habría puesto en marcha la alarma silenciosa en las oficinas de la compañía de seguridad. A aquella hora de la madrugada, nadie debería estar en la cámara acorazada.

Ante el intento fallido de ponerse en contacto con los vigilantes, la compañía de seguridad llamaría a la policía, que tenía que ocuparse de un problema prioritario. Un atentado terrorista tenía preferencia sobre cualquier otra cosa. A Orr le encantaba.

Entró el primero. Había visto el interior en persona, pero Russo y Manzini sólo habían visto el vídeo.

En la bóveda acorazada, de cuatro metros y medio por cuatro y medio, se exponían en vitrinas los objetos que serían tasados al día siguiente. Joyas, libros raros, esculturas, monedas de oro y antigüedades (valiosos objetos ocultos en el desván de una mansión inglesa durante cien años) estaban iluminados para procurar el mejor efecto. Se esperaba que el valor del lote entero superase los treinta millones de libras esterlinas en la subasta.

Había un objeto que era el máspreciado de los expuestos. En la vitrina del centro había una delicada mano de oro puro. Orr se maravilló ante la resplandeciente belleza del metal.

Manzini, un hombre bajo y calvo de poderosos brazos, se sacó un martillo del cinturón.

—Hagámonos ricos —dijo, golpeando la caja con el martillo. El grueso cristal se hizo añicos y Manzini alargó el brazo y cogió la mano dorada, envolviéndola con plástico de burbujas antes de guardarla en la bolsa. Luego se dirigió a la vitrina de las joyas.

Russo, tan flaco que podría haberse sujetado los pantalones con una goma, utilizó las dos manos para golpear con su martillo. Rompió la parte trasera de la vitrina que guardaba un dibujo de Picasso y retiró éste con cuidado para que los cristales rotos no lo rasgaran.

Mientras Manzini y Russo reunían el resto de las joyas y enrollaban la obra gráfica, Orr se dirigió al extremo de la bóveda. De un solo

golpe liberó tres antiguos manuscritos y los guardó cuidadosamente en la bolsa de deporte. La colección de monedas raras de oro estaba al lado.

En tres minutos habían guardado todos los objetos de la bóveda en las bolsas.

—Ya está —dijo Orr. Abrió el teléfono móvil y marcó un número. Respondieron al primer timbrazo.

—¿Sí?

—Estamos en camino —anunció, y colgó.

Pasaron por encima de los vigilantes cosidos a balazos y corrieron a la entrada del edificio. Una vez fuera, Orr distinguió el sonido de sirenas a lo lejos, pero iban en otra dirección. Un taxi robado los estaba esperando. Felder, el conductor, llevaba gorra, gafas y un bigote falso.

Arrojaron las bolsas dentro del coche y subieron.

—¿Bingo? —preguntó Felder.

—Como en el vídeo —informó Russo—. Mercancía por valor de treinta millones de libras.

—En el mercado negro obtendremos una tercera parte —dijo Manzini—. El comprador de Orr sólo pagará diez millones.

—En todo caso, es mucho más dinero del que has visto en tu vida —adujo Felder.

—Conduce —ordenó Orr, intransigente ante aquellas tonterías. Todavía no habían terminado.

El taxi se puso en marcha. Como Londres era la ciudad del mundo que tenía el mayor número de cámaras de vigilancia, no se quitaron los pasamontañas. Tras un robo como aquél, Scotland Yard examinaría todos los vídeos posibles en busca de una pista que condujera a los ladrones.

Orr confiaba en que no la encontraran nunca.

Tal como habían ensayado previamente, el taxi llegó al muelle del río Támesis al cabo de cinco minutos. Dejaron el vehículo en el aparcamiento del embarcadero y se dirigieron al yate que había alquilado Felder. Orr sabía que podrían relacionar la embarcación con Felder, pero para cuando lo hicieran ya no importaría.

En cuanto subieron a bordo, Felder, un británico que había navegado por aquellas aguas durante diez años en un remolcador, encen-

dió el motor y aceleró. No pararían hasta llegar al estrecho de Dover. El plan era llegar a Kent y utilizar un coche de alquiler para llevar a cabo la escapada final en un *ferry* de SeaFrance hasta Calais.

Mientras Felder pilotaba, el resto vació el contenido de las bolsas en la cabina de proa para hacer recuento del botín. Russo y Manzini parlotaban en italiano. Lo único que Orr, que era norteamericano, pudo entender fue la palabra «Napoli», Nápoles. Sin hacerles caso, se dedicó a examinar a fondo los tres manuscritos. Encontró el que buscaba y lo apartó. Los otros dos no tenían ningún valor para él, así que los volvió a meter en la bolsa.

Cuando terminaron de clasificar el botín, la embarcación estaba ya en el canal de la Mancha. Era la hora.

Orr se puso de espaldas a Russo y Manzini y desenfundó la SIG Sauer con silenciador que había utilizado para matar a los vigilantes.

—Oye, Orr —dijo Russo—, ¿cuándo vamos a reunirnos con tu contacto? Quiero mi dinero cuanto antes, *capisci?*

—No hay problema —respondió éste, volviéndose de golpe. Primero disparó a Russo y luego a Manzini, que cayó sobre su compañero, sujetando todavía el collar que había estado acariciando.

El viento y el motor hacían tanto ruido que Felder no oyó los disparos. Orr se dirigió a la cubierta de mando.

El británico se volvió y le sonrió.

—¿Te importaría ponerte unos minutos al timón? —preguntó—. Me muero por ver mi parte.

—Por supuesto —dijo Orr. Sujetó el timón con una mano y, cuando Felder le dio la espalda, disparó dos veces. El hombre cayó dando tumbos a la cubierta inferior.

Orr miró el GPS y giró el timón hasta poner rumbo a Leysdown-on-Sea, una pequeña población costera donde había dejado aparcado otro coche. El vehículo que Felder había alquilado se quedaría donde estaba hasta que se lo llevara la grúa, pero eso no le preocupaba, ya que no había nada que lo pudiera relacionar con él.

Cuando el yate estuvo a tres millas de la población, se detuvo. El agua sería lo bastante profunda en aquella zona.

Ya en la cabina, ató los tres cadáveres a la estructura interior, luego puso dos pequeñas cargas explosivas por debajo de la línea de flotación y preparó un bote salvavidas y remos. Cuando explotaran las

bombas, lo bastante potentes para romper el casco, el yate se hundiría en pocos minutos.

Guardó la mano de oro, las joyas, las monedas y el manuscrito en una bolsa impermeable y lo demás lo metió en armarios que cerró herméticamente. No quedaría ni rastro del yate cuando estuviera en el fondo del canal. Algunos objetos, como el Picasso, eran valiosos, pero demasiado reconocibles para venderse. No podía exponerse a que por culpa de ellos dieran con él. Podía desmontar las joyas para venderlas como piedras preciosas y metal con muy poco riesgo. Esperaba conseguir dos millones de libras con ellos, lo suficiente para pagar sus deudas y financiar su plan final.

Pero conservaría la mano de oro y el manuscrito. Aunque los cómplices de Orr no lo sabían, el documento era el objeto más valioso que habían sacado de la bóveda. De hecho, podía decirse que era el objeto más valioso sobre la faz de la Tierra. El propietario no debía de saber lo que contenía; de haberlo sabido nunca lo hubiera subastado.

Orr sí sabía su contenido. Lo había comprobado mientras Russo y Manzini se arrojaban sobre el oro y las joyas. El renglón más importante, que encabezaba una sección al final del documento, parecería al profano una simple cadena de caracteres griegos, pero era lo que confirmaba la importancia del documento:

ΟΣΤΙΣΚΡΑΤΕΙΤΟΥΤΟΥΤΟΥΤΟΥΤΟΥΤΡΑΜΜΑΤΟΣΚΡΑΤΕΙΤΟΥΠ
ΛΟΥΤΟΥΤΟΥΜΙΔΑ

El manuscrito era un códice medieval copiado de un rollo escrito doscientos años antes del nacimiento de Cristo. Contenía un viejo tratado del científico e ingeniero más grande de la Antigüedad, el hombre que tuvo a raya a los romanos durante dos años gracias únicamente a su ingenio, un griego de Siracusa llamado Arquímedes.

El códice estaba escrito sin espacios ni minúsculas. Su traducción resultaba tan tediosa que se desconocía el contenido completo del manuscrito. Pero esa única línea convenció a Orr de que contenía el secreto de la localización de un tesoro que valía incontables millones.

Subió al bote y, por segunda vez aquella noche, apretó el botón de un detonador. La explosión de las cargas abrió dos boquetes en el casco del yate. Remó para alejarse, aunque se mantuvo lo bastante cerca para asegurarse de la desaparición del yate; luego se dirigió a tierra firme. Mientras observaba cómo se hundía el yate en el plácido mar, la traducción del texto de Arquímedes resplandecía ante sus ojos con tanta claridad como si estuviera escrita sobre la superficie del agua.

Quien posea este mapa poseerá las riquezas de Midas.

MIÉRCOLES

EL ROMPECABEZAS
DE LA MUERTE

1

El presente

—Disculpe —protestó Carol Benedict mientras se dirigía al mostrador de Starbucks—. Esa bebida es mía.

El hombre que llevaba su café con leche ya le había quitado la tapa y se disponía a echarle azúcar. Después de haber corrido sus nueve kilómetros diarios, la mujer no estaba dispuesta a que nadie, nadie en absoluto, se interpusiera entre ella y su cafeína.

El hombre, un joven con gorra de los Redskins y cara de atontado, miró el café y luego la miró a ella.

—¿Está segura?

Ella le sonrió.

—¿Ha pedido un café largo con doble de leche?

El hombre negó con la cabeza y le dirigió una sonrisa tímida.

—Lo siento. Las siete de la mañana es una hora demasiado temprana para mí —dijo. Volvió a colocar la tapa y le tendió el café.

—No pasa nada —adujo Carol, abriendo la puerta y recibiendo la oleada de calor.

Tras la caminata de diez minutos que había hasta su apartamento, estaba empapada en sudor. Aunque Washington D. C. era conocida por su humedad estival, Carol no la había experimentado hasta entonces, el primer año que asistía al curso de verano para licenciados en la Universidad de Georgetown. Le asombraba que pudiera hacer tanto bochorno a una hora tan temprana de un día de mediados de junio, aunque la sudadera y el pantalón corto que vestía impedían que se sintiera totalmente desgraciada.

No era amiga de los desayunos, una de sus estrategias para mantenerse delgada. Cuando entró en el apartamento de una sola habitación, encendió la radio, sintonizó las noticias y apuró el café con leche mientras hacía ejercicios de estiramiento. En la ducha abrió el grifo

del agua fría. El chorro fresco la hizo tiritar y le puso la carne de gallina. Incluso se sintió algo mareada.

Se puso una camiseta de tirantes y un pantalón corto y se recogió el pelo en una cola de caballo, aunque metió un jersey en la mochila, para estar en clase. Las aulas de la universidad siempre tenían el aire acondicionado a tope.

Llamaron a la puerta mientras estaba de rodillas, calzándose los zapatos. Se puso en pie de un salto a causa de la sorpresa y el vértigo hizo que se tambaleara. Se apoyó en el escritorio para recuperar el equilibrio. La sensación no desapareció, pero remitió lo suficiente para poder andar.

¿Quién podía llamar a su puerta a las 7.30 de la mañana?

Observó por la mirilla y vio a un hombre blanco y fornido, con traje, no mucho más alto que ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin abrir la puerta.

—Señorita Benedict. Soy el agente Wilson del Departamento de Policía de Arlington. Necesito hablar con usted.

—¿Puede enseñarme la identificación?

Como vivía sola, Carol había aprendido a ser cauta.

—Por supuesto.

El hombre levantó una cartera abierta que dejaba al descubierto una placa y un carné con el emblema de la policía de Arlington. A Carol le pareció correcto y abrió. De repente se sintió muy fatigada y se apoyó en la jamba. La cabeza le daba vueltas. Si estaba enferma, tendría que hacer de tripas corazón. Perder una clase podía afectar a sus notas.

—¿De qué se trata, agente?

No tenía la menor idea de por qué estaba allí aquel policía. Ni siquiera le habían puesto una multa en toda su vida.

Wilson, que tenía una sola ceja y peluda, la miró con expresión inescrutable.

—Se trata de su hermana Stacy.

Una subida de adrenalina le despejó la cabeza de golpe.

—¿Stacy? ¡Oh, Dios mío! ¿Le ha pasado algo?

Habían hablado la noche anterior y parecía estar bien.

—En su hotel de Seattle se ha producido un incidente. Tienen rehenes. Necesito llevarla a comisaría, desde donde podremos comunicarnos con la policía de Seattle.

—¿Está herida? ¿Está bien?

—De momento no está herida, pero tiene usted que venir conmigo. Le explicaré la situación por el camino.

—Claro, claro. Espere a que coja el bolso.

Carol recogió las llaves y el teléfono, los metió en el bolso y cerró la puerta. El corazón le latía a cien por hora al pensar que podían estar apuntando con una pistola a su hermana.

Mientras bajaba la escalera, trastabilló y Wilson la sujetó.

—¿Se encuentra bien? —preguntó—. Está muy pálida.

—Es que de repente me siento muy cansada.

La vista se le nublaban por momentos.

Wilson la sostuvo por el brazo el resto del camino hasta el aparcamiento, un detalle que la muchacha agradeció porque se le doblaban las rodillas.

En lugar de introducirla en un vehículo civil, Wilson la metió en una furgoneta blanca. Otro hombre bajó del asiento del copiloto y abrió la deslizante puerta trasera. A Carol le dio un vuelco el estómago al ver que llevaba una gorra de los Redskins.

Era el hombre que había cogido su café con leche en Starbucks. La expresión de aturdimiento había sido reemplazada por la mirada mortal de una cobra que observa a su presa.

Carol tragó aire para gritar, pero Wilson le puso la mano en la boca.

—Veo que recuerda a mi compañero —le dijo al oído.

Ella trató de forcejear, pero tenía los brazos y las piernas como si fueran espaguetis demasiado hechos y su mente estaba cada vez más espesa.

Wilson la empujó dentro de la furgoneta y cerró la puerta deslizante. Le puso unas esposas en las muñecas y en los tobillos mientras el otro hombre ponía en marcha la furgoneta y salía del aparcamiento. Carol trató de gritar otra vez, pero sólo le salió un débil gemido. Sentía la lengua en la boca como un estropajo.

—Me han drogado.

Wilson asintió con la cabeza.

—Es fácil conseguir Rohipnol con tantos campus universitarios en la capital.

Rohipnol, también conocido como el somnífero de las violaciones. Se lo habían puesto en el café.

—Oh, Dios mío...

—No se preocupe. No es lo que parece. Es sólo porque la necesitamos inconsciente durante unas horas, mientras nos ocupamos de otros asuntos.

—¿Qué quieren?

—Queremos que su hermana haga algo por nosotros —respondió Wilson.

—¿Qué le han hecho a Stacy? —preguntó Carol, arrastrando la ese de Stacy. No podía mantener los ojos abiertos más tiempo y apoyó la cabeza en el suelo.

—Nada. Va a estar más preocupada por lo que le haremos a usted si ella no coopera. O si no es capaz de...

Wilson siguió hablando, pero Carol ya no podía enfocar la mirada y se sumió en la oscuridad y el olvido.

2

Responda al teléfono, doctor Locke. No le queda mucho tiempo.

Tyler Locke miró el mensaje de texto y trató de dilucidar si era una broma o un truco publicitario. Llevaba diez minutos en el *ferry* que tardaba una hora en llevarlo a Bremerton y le habían llamado tres veces desde un número desconocido. No había atendido las llamadas y recibió el mensaje de texto poco después, también desde un número desconocido. Las únicas personas que conocían el número de su móvil estaban en la lista de contactos del mismo teléfono. Por norma, no respondía a llamadas procedentes de números desconocidos, dando por sentado que si era importante, quien llamaba dejaría un mensaje de voz. Hasta el momento, no había mensajes nuevos.

El transbordador iba lleno sólo a medias, así que Tyler tenía todo el banco para él y había apoyado las piernas en el asiento de enfrente. Si hubiera sido cualquier otra mañana, su amigo Grant Westfield habría estado a su lado, jugando con su teléfono móvil, pero Grant había decidido evitar la hora punta de la tarde para pasar un largo fin de semana en Vancouver y había subido a un *ferry* anterior. Los dos habían hecho el trayecto Seattle-Bremerton tres días a la semana durante dos meses, para asesorar en la construcción de un nuevo depósito de municiones de la base naval.

El teléfono volvió a sonar. El mismo número. Tyler se tomó el café y vio alejarse los edificios de Seattle. Eran las nueve menos veinte de la mañana, y aunque estaban a 16 de junio, el sol brillaba por su ausencia. Las nubes bajas y una ligera llovizna propiciaban un típico día de «juniero», como llamaban los lugareños al clima frío y nublado que solía preceder a un soleado mes de julio.

Tyler llegó a la conclusión de que no podía ser una llamada para intentar venderle algo. Un vendedor telefónico no le llamaría doctor

Locke. Él no era doctor en medicina. Tenía un doctorado, pero la única vez que alguien le llamó doctor fue en uno de sus trabajos de asesor. Ninguno de sus colegas mencionaba sus títulos académicos, a menos que se estuvieran burlando de él.

La llamada debía de estar relacionada con el trabajo, pero tenía que comprobar cincuenta correos más antes de llegar a Bremerton, y no quería meterse en una larga conversación. De nuevo dejó que respondiera el contestador y guardó el teléfono. Puede que quien llamaba pillara la indirecta y dejara un mensaje de voz.

Un minuto después de haber encendido el ordenador portátil, el móvil pitó con otro mensaje de texto. Tyler suspiró y sacó el teléfono del bolsillo.

Doctor Locke, si no responde, estará muerto dentro de veintiocho minutos.

Tuvo que leer tres veces el mensaje. No daba crédito a sus ojos. Cerró el ordenador portátil y se enderezó en el asiento, bajando los pies del banco de enfrente. Observó atentamente a los pasajeros que lo rodeaban, pero ninguno parecía interesado en él.

Volvió a sonar el teléfono. El mismo número.

Tyler tocó la pantalla y preguntó:

—¿Quién es?

—La persona que matará a todos los pasajeros del *ferry* si no hace lo que le digo.

No distinguió ningún acento en la voz ronca del otro extremo.

—¿Y qué le parece si cuelgo y llamo a la policía? —sugirió—. Se le arreglará el día cuando aparezca el FBI.

—Puede hacerlo, pero ¿qué dirá a los agentes? ¿Les dará mi número? Es un teléfono de tarjeta prepago, comprado con dinero en efectivo. Créame, lo he pensado bien.

Tyler consideró durante un momento la posibilidad de hacer lo que había dicho: colgar y llamar a la policía. Pero aquel hombre tenía razón. ¿Qué iba a contar?

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Se trata de usted, doctor Locke. La verdad es que suena pretencioso. Lo llamaré Locke.

—Esto es absurdo.

—Puede que ahora se lo parezca, pero dentro de unos minutos cambiará de opinión.

—¿Por qué me llama a mí? —preguntó Tyler.

—Porque es usted exactamente lo que necesito. Licenciado en ingeniería mecánica por el MIT. Doctorado en Stanford. Ex capitán del ejército de tierra en un batallón de artificieros, lo que lo convierte en experto en demoliciones y desactivación de bombas. Actualmente jefe de operaciones especiales en Gordian Engineering. Y todo eso antes de cumplir los cuarenta. Sobre el papel suena muy bien.

—Así que sabe quién soy. ¿Por qué debería tomarlo en serio?

—Porque acabo de enviarle por correo electrónico un par de fotos que demuestran que está en una situación muy seria. Sé que el *ferry* dispone de wi-fi. Écheles un vistazo, esperaré. Pero será mejor que se dé prisa.

Sujetando el teléfono con una mano, Tyler abrió el ordenador y comprobó la bandeja de entrada de correo.

Un mensaje nuevo de un remitente desconocido. En «asunto» ponía: *Quedan 27 minutos*.

Abrió el mensaje. No había texto, sólo dos imágenes.

La primera era de un camión de dos ejes con el nombre SILVERLAKE TRANSPORT en un costado.

La segunda era de un frigorífico con la puerta abierta. Dentro se veía un recipiente de plástico del tamaño de un barril de cerveza lleno de un polvo grisáceo. Había un objeto encima tapado con tela. En la parte delantera del recipiente se veía un reloj digital. Aunque el mar estaba en calma, Tyler se sintió mareado.

—Lo escucho —contemporizó, pensando a toda velocidad en cómo podría advertir a los pasajeros para que abandonaran el transbordador en un bote salvavidas.

—Supuse que lo haría. Reconoce una bomba en cuanto la ve. Por si no lo ha entendido, el frigorífico está en el camión, que se encuentra en la cubierta de vehículos, exactamente debajo de usted. Y no llame a la policía. Lo sabré.

—Es imposible que haya burlado la vigilancia y que la bomba esté a bordo.

—¿Cree que me estoy tirando un farol? Hábleme de explosivos binarios.

Tyler respiró hondo antes de responder.

—Los explosivos binarios constan de dos componentes separados e inocuos que al unirse se vuelven muy inestables. Se suelen utilizar como dianas en clubes de tiro. Estos explosivos sólo pueden activarse con una bala de fusil de gran potencia o mediante un detonador. Pueden comprarse por Internet.

—¿Lo ve? Es usted un experto. Hay cincuenta kilos de explosivo en el frigorífico. Suficiente para abrir un boquete de diez metros en ese *ferry* y para incendiar la mitad de los coches. Dudo que quedaran muchos supervivientes.

—Los perros localizadores de bombas que hay en el muelle lo habrían detectado —advirtió Tyler.

—Tomé precauciones para asegurarme de que el olor del marcador químico no salía al exterior, y pagué a un universitario sin empleo trescientos dólares para que subiera el camión a bordo. Lo que es malo para la economía es bueno para mí.

—Si quiere hacer saltar por los aires el *ferry*, ¿por qué me lo dice a mí?

—Escuche y lo sabrá. Quiero que vaya hasta el camión. Tiene un candado en la puerta. La llave está pegada con adhesivo en el hueco interior de la rueda izquierda. Vaya ahora mismo si no quiere que el *ferry* no llegue nunca a Bremerton.

Bremerton. De repente le pasó una idea horrible por la cabeza: la base naval. Aquel tipo quería que condujera el camión hasta un puerto de la Marina estadounidense utilizando sus credenciales.

—¿Así que quiere que me convierta en un terrorista suicida para usted? —replicó Tyler, pensando con rapidez en las posibles maneras de hundir el camión antes de llegar a la entrada de la base.

El hombre se echó a reír.

—¿Un terrorista suicida? Frío, frío.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Locke, va a convertirse en un héroe. Esa bomba está preparada para explotar dentro de veinticuatro minutos. Quiero que la desactive.

3

Byron Gaul esperaba el ascensor en el vestíbulo del Sheraton Premiere observando su entorno inmediato. Se sentía aliviado por no haber encontrado cambios inesperados en el dispositivo de seguridad desplegado con motivo de la conferencia que se celebraba en el hotel. Había inspeccionado a fondo el lugar la semana anterior, pero dado que el hotel se encontraba en Tysons Corner, Virginia, en las afueras de Washington, siempre cabía la posibilidad de que hubieran aumentado la seguridad, sobre todo si se celebraba una conferencia patrocinada por el Pentágono: la Cumbre sobre Armamento No Convencional.

Dos comandantes del ejército se acercaron absortos en su conversación. Cuando vieron a Gaul, éste les hizo un gesto con la cabeza y ellos respondieron cortésmente. Como estaban dentro sin la gorra puesta, a pesar de su rango inferior Gaul no estaba obligado a cuardarse. Vestía uniforme del ejército con las insignias de capitán y una etiqueta con el nombre «Wilson». Había comprado el uniforme con las insignias y adornos por Internet. Lo más difícil había sido encontrar una talla adecuada para su pequeño cuerpo y su hiperdesarrollada musculatura.

Se preparó para responder a las preguntas que pudieran formularle, pero los comandantes volvieron a su conversación sin hacerle caso. Gaul no sabía si iba a tener que utilizar el cuento que había ensayado de antemano por si alguien preguntaba. Diría que era el oficial de enlace de un gabinete estratégico de Washington llamado Weaver Solutions, uno de los cientos que había en la ciudad. Asistía a la cumbre para informarse sobre las nuevas tecnologías y tácticas que podían utilizarse contra objetivos tanto militares como civiles. Esta clase de conferencias militares se celebraban prácticamente todas las semanas en la capital de la nación, pero ésta era la única a la que esperaba que asistiera su objetivo.

Se abrieron las puertas del ascensor y Gaul entró con los comandantes. En la primera parada hubo mucho trasiego. Pasaba un poco de las 11.30 y las sesiones matutinas habían terminado, incluido el discurso inaugural pronunciado por el hombre al que tenía que liquidar. Los participantes hacían un alto para almorzar. Los comandantes salieron y entraron dos hombres vestidos de civil. Gaul los miró en busca de los marbetes de los nombres: aquellos tipos se llamaban Aiden MacKenna y Miles Benson.

Ambos parecían recién salidos de una película de ciencia ficción. MacKenna llevaba un disco negro en la cabeza con un cable que terminaba en su oído, como si se tratara de un audífono conectado directamente con su cerebro. Iba andando mientras que Benson conducía una silla de ruedas motorizada diferente de todo lo que Gaul había visto hasta entonces. La silla sólo tenía dos ruedas, desafiando las leyes de la física, de manera que los ojos de aquel hombre quedaban casi a la altura de los suyos.

Aunque Benson iba trajeado, Gaul se fijó en que su torso indicaba que pasaba mucho tiempo en el gimnasio. Tenía la mirada penetrante y el típico pelo al rape de un ex oficial del ejército, así que supuso que habría sido herido en Irak o en Afganistán. Por las gafas de montura de carey y un físico que no sugería nada salvo teclear en su trabajo cotidiano, MacKenna se parecía más a la idea que se había hecho Gaul sobre los analistas investigadores.

—¿Crees que aceptará tu oferta? —preguntó MacKenna con acento irlandés.

—No lo sé —contestó Benson—. Depende de mi capacidad de convicción.

—Fue un buen discurso inaugural.

—Por eso me interesa él.

Las puertas del ascensor se abrieron en el entresuelo.

—¿Dónde está el Club Capital? —preguntó Benson cuando salían del ascensor.

—A la izquierda, creo —respondió MacKenna.

—Estupendo, imagino que tenemos una mesa reservada. Dejaremos una silla libre entre nosotros para el general.

Gaul los siguió hasta que doblaron la esquina. MacKenna y Benson cruzaron las puertas de cristal del restaurante, pero él no entró

con ellos. Se detuvo bruscamente, como si se hubiera equivocado de dirección y regresó a las salas de conferencias del entresuelo.

Los asistentes salían en tropel de los seminarios en busca del almuerzo o formaban grupos en el vestíbulo para hablar sobre las sesiones. La mitad llevaba uniforme militar y la otra mitad ropa de civil. Gaul se mezcló entre ellos.

Anduvo por el vestíbulo, fingiendo leer el programa de una conferencia. Cruzó las puertas de cristal del Club Capital, pero no vio a su objetivo. Se instaló en un lugar cerca de los ascensores y tuvo que recordarse que no debía apoyarse en la pared, ya que debía mantenerse con la espalda recta, como correspondía a un militar.

El teléfono emitió un pitido. El mensaje de texto era de Orr.

Aquí todo va sobre ruedas. ¿Y tú?

Gaul respondió:

Todo en su sitio.

¿Lo has localizado?

Todavía no. Pero está aquí y lo esperan para almorzar.

Bien. Lo sabremos en 20 minutos. Prepárate.

Vale.

Sin nada que hacer salvo esperar mientras vigilaba las escaleras y el ascensor, Gaul volvió a leer el programa. Sonrió al ver el título del discurso pronunciado por su objetivo, el ex militar y jefe de la Agencia de Reducción de Amenazas para la Defensa. El título del discurso era «Peligros de amenazas asimétricas y respuesta: cómo combatir armas improvisadas de destrucción masiva». Gaul pensó que el orador se sorprendería al saber que aquel peligro se iba a convertir en algo muy personal.

El ascensor se vació tres veces antes de que Gaul viera la razón de su estancia allí. El general recién retirado parecía algo más canoso

que en la foto que había memorizado, pero la mirada penetrante y la mandíbula de hierro eran las mismas. Todas las miradas siguieron al general mientras se acercaba al restaurante dando zancadas.

Gaul abrió el teléfono para enviar un mensaje de texto a Orr confirmando que tenía a Sherman Locke a la vista.

4

A Tyler Locke le gustaban el sentido del deber, las metas y la camaradería castrense, pero le sobraba todo lo relativo a las amenazas de muerte, una de las razones por las que había cambiado el ejército por la vida civil. Asumía riesgos calculados, como cuando conducía superando el límite de velocidad o trabajaba con explosivos en una demolición, pero era porque los controlaba. Pero aquella situación no estaba en absoluto bajo su control.

—He vuelto —anunció por teléfono la voz del otro extremo—. Tenía que atender otros asuntos. ¿Está ahí, Locke?

—Estoy aquí —repuso Tyler mientras bajaba la escalera del transbordador que llevaba a la cubierta de los coches—. ¿Por qué quiere que desactive la bomba que ha introducido en el *ferry*?

—Necesito a alguien con su habilidad para un trabajo especial, pero antes de empezar, quiero asegurarme de que es capaz de hacerlo.

—¿Un trabajo? —se sorprendió Tyler—. ¿Y por qué no se limita a contratarme?

—Considere esta tarea como la entrevista de evaluación. El reloj sigue su curso, así que será mejor que se dé prisa. Antes de que llegue al camión, deje las llaves en la guantera de su pequeño deportivo rojo. Déjelo abierto.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo, y soy el que tiene la bomba. Hágalo.

—Estoy en camino —replicó Tyler—. Si vamos a hablar sobre ese trabajo, ¿cómo debo llamarlo?

—No se adelante a los acontecimientos. Vamos a trabajar juntos durante los próximos veintidós minutos.

Locke sincronizó su reloj con el tiempo que le quedaba.

—Puede confiar en mí —replicó, aunque tenía sus dudas. Las bombas eran traicioneras hasta en las mejores condiciones. Tyler no sabía cuál era el juego de aquel hombre, pero no le parecía ningún estúpido.

—Creo que es usted más fanfarrón que seguro de sí mismo —comentó el hombre—. Sabrá cómo llamarme en cuanto entre en el camión.

Creo que sé cómo llamarte, pensó Tyler. ¿Por qué todos los locos acaban acudiendo a mí?

Llegó a la cubierta de los coches y se dirigió a su Viper para dejar las llaves en la guantera, como le habían ordenado. Desde donde estaba podía ver varios camiones en la popa, ya que solían embarcar los primeros. Se dirigió hacia allí.

Tyler vio el camión con el letrero de SILVERLAKE TRANSPORT y torció hacia él.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Las instrucciones están pegadas con cinta adhesiva en el frigorífico. Están escritas para usted. Bueno, no para usted, pero ya verá a qué me refiero. Y recuerde, nada de policía. Tengo mis ojos y mis oídos puestos en usted y también tengo un detonador remoto, así que póngase a trabajar y pórtese bien. El *ferry* explotará si aparecen los de operaciones especiales o empiezan a caer botes salvavidas al agua.

—¿Y después qué?

—Lo sabrá si tiene éxito. Si lo tiene, lo volveré a llamar. Si no, se hundirá con el barco.

El hombre cortó la comunicación.

Tyler llegó a la parte trasera del camión y recorrió el hueco interior de la rueda con la mano. La llave estaba allí, como había dicho aquel tipo.

Miró alrededor, pero aparte de una mujer mayor paseando a su perro, no había nadie más.

La llave encajó en el candado y Tyler deslizó la puerta con cuidado. No creía que aquel tipo hubiera planeado que la bomba estallara así, pero por si acaso lo comprobó. Nada.

Abrió la puerta lo imprescindible para mirar dentro. Si realmente había una bomba allí, no quería que ninguno de los marineros la viera y diese la voz de alarma.

Pensó que tendría que dejar la puerta abierta para tener luz, pero había dos linternas en el interior. Encendió las dos y cerró la puerta.

Había cajas apiladas sobre un sofá, un par de sillas y una mesa. En medio había un frigorífico, un antiguo modelo con pestillo. En la

puerta delantera había un sobre comercial pegado con adhesivo. Lo observó detenidamente y, tras asegurarse de que no entrañaba peligro, lo arrancó y lo abrió.

El sobre contenía un papel. Tyler lo sacó, esperando que contuviera instrucciones sobre lo que tenía que hacer a continuación.

El papel, en efecto, contenía instrucciones, aunque no eran de mucha ayuda. Los párrafos numerados no estaban escritos en inglés. Aunque Tyler no entendió las palabras, reconoció inmediatamente las letras. Nunca había estado en una fraternidad universitaria, pero había utilizado aquellas letras en ecuaciones cuando estudiaba ingeniería.

El mensaje estaba escrito en griego.

Tyler examinó el texto en busca de alguna clave oculta u otro mensaje para él. Buscó una fórmula, algo que lo ayudara a desactivar la bomba, pero no sabía lo que estaba buscando. Teniendo en cuenta lo mucho que el tipo del teléfono sabía sobre él, podía haberse enterado de que los idiomas no eran su fuerte. Podía pedir una cerveza y preguntar dónde estaba el lavabo en francés y en español, pero incluso eso le costaba.

El hombre había dicho que las instrucciones no se habían escrito para él. ¿Para quién las habría escrito entonces?

Se estrujó el cerebro tratando de pensar en alguien a quien pudiera llamar para que le tradujera el documento, pero se interrumpió al oír un golpe en la puerta trasera. Se quedó inmóvil.

—¿Hay alguien dentro? —oyó que decía una voz femenina.

—No pasa nada —dijo Tyler, pensando que era un miembro de la tripulación—. Sólo estoy asegurando unas cosas que se habían soltado.

—Abra la puerta.

Quedaban veinte minutos. No tenía tiempo para aquello, pero si no obedecía, atraería una atención que no le interesaba. Se libraría de esa mujer inmediatamente para centrarse en cómo conseguir una traducción del documento.

Abrió la puerta esperando ver a alguien vestido con el uniforme azul de la tripulación, pero sólo vio una mujercita de unos treinta años, vestida con cazadora de cuero negro, vaqueros y unas prácticas botas muy de moda. El cabello rubio hasta los hombros le enmarcaba el rostro y un ligero maquillaje acentuaba unos pómulos altos y unos labios carnosos. Tenía un aspecto atractivo e inteligente.

Tyler la reconoció al momento. Stacy Benedict, presentadora del programa de televisión *En busca del pasado*.

No sabía qué decir y no se le ocurrió otra cosa que preguntar:

—¿Qué estás haciendo aquí?

La mujer había estado observándole tanto como él a ella, y su brusca pregunta la hizo detenerse.

—Un hombre me dijo que alguien me esperaba en este camión.

—¿Tenía una voz ronca?

—Exacto. Pero no mencionó que serías tú.

Así que le recordaba de cuando había aparecido en su programa. No hacían falta presentaciones.

«Las instrucciones están pegadas con cinta adhesiva en el frigorífico —había dicho el hombre del teléfono—; se han escrito para usted. Bueno, no para usted, pero ya verá a qué me refiero.»

—No sabrás griego, ¿verdad? —preguntó Tyler.

La expresión de Stacy le sugirió que la pregunta era tan ridícula para ella como para él, pero su respuesta dejó claro que era ridícula por otra razón.

—Tengo un doctorado en clásicas —repuso—. Por supuesto que sé griego. ¿Por qué?

Tyler le dio el papel.

—Por esto.

Mientras la mujer leía, él vio que se quedaba sin sangre en el rostro. Pero no se dejó llevar por el pánico. No gritó. No lloró. Por el contrario, crispó la cara con una furia apenas contenida.

Levantó la vista del papel y preguntó:

—¿Dónde está la bomba?